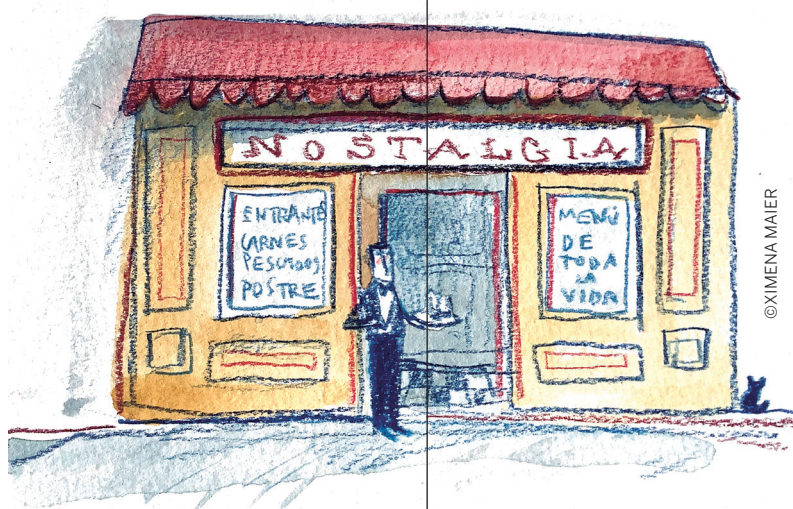


La nostalgia del restaurante clásico

Texto—Andrés Sánchez Magro

El comienzo del curso académico suele ser el tiempo del avance de novedades y tendencias. A los periodistas nos gusta el mainstream de lo que va a estar de moda y jugar a notarios del lifestyle. Para este plumilla el avance de programación encierra un deseo, y quizá un presagio que pasa por recuperar el añorado modelo del restaurante de toda la vida. Ese que se perpetúa con el único propósito de dar de comer rico, alisar un mantel blanco, o de cuadros si es de tono bizarro, elegir cristal y vajilla a modo y recibirte como en casa. Vamos, las antípodas de la malhadada experiencia gastronómica. Qué añoranza del restaurante cuya pretensión única es que te acojan como expatriado de cualquier derrota cotidiana, y donde busques el calor que uno siempre siente fuera de casa, que como decía el recordado Antonio Gamero, es mucho mejor que el lugar de donde uno procede. Hoy la comida se ha convertido en un fin en sí mismo, y estamos de esto orgullosos, Vive Dios, se ha creado un star system, que le pega un buen mordisco al PIB, y no seamos nosotros quienes busquemos los cimientos a veces tambaleantes de la cosa coquinaria. Pero qué alegría de vivir siente uno cuando un camarero de uñas limpias, rasurado impecable o cola de caballo comme il faut, te dedica su mejor sonrisa y te pregunta templando



la prisa y sin mirar el reloj, qué deseamos de aperitivo antes de la comanda. Y cómo reconforta coger una carta donde no aparece el temido mantra del menú degustación, y sólo hay una relación de entrantes, verduras, guisos, pescado o carne y colofones dulces, sin otro relato que la narración decimonónica y alguna añoranza de la Pardo Bazán.

Porque las historias se cuentan en la memoria, auténtico material de la literatura, sin necesidad de la agitación de las RRSS y de la publicidad de la nada IA. El relato, otro vocablo que intenta construir una realidad a veces forzada, subyace en numerosas propuestas culinarias, pero los talentos no se reparten del mismo modo equitativamente. Coexistirán las historias de raza con las más preclaras sagas que tienen arraigo en la tradición. Y ello sin necesidad de

evocar el tópico de Eugenio D'Ors, “lo que no es tradición es plagio”. Ante muchas turbulencias que agotan estómagos, carteras y reuniones de fortuna, el cobijo de lo clásico está justificado. Entre los creadores y los artesanos, en este otoño apostamos por la lenta fábrica de emociones recuperadas. Aunque como dijo aquel genial taurino Bojilla ante una discusión “usted tiene razón, pero usted tampoco está desencaminado”. Quién sabe si el próximo mes cambiaremos de opinión. De momento, nostalgia del restaurante clásico. ●